

REFLEXIONES
FAMILIA DE ORIGEN Y PSICOTERAPIA

J. Framo.

Cuando escuché el título de este libro sentí una cierta emoción. Proyecté sobre mi adiestramiento los fantasmas familiares, los mitos, las lealtades. Imaginé la posibilidad de descubrir la aceptación de la individualidad, de la libertad ante un mundo que mira hacia delante respetando el pasado, ubicándolo en un sitio de la memoria que no aliene las emociones, los sueños, las expectativas. Pensé que se trataba de un libro sobre la Familia de Origen del Terapeuta.

Después de la lectura del libro, mis sensaciones son contrapuestas, confusas en algunos aspectos. No consigo identificar la originalidad creadora del autor.

Cierto es que James Framo es una personalidad relevante en la evolución de la terapia familiar. Framo llegó a definir la sintomatología psiquiátrica (de cualquier índole), como una particular forma de relación íntima. Así pues, parece establecer consideraciones objetivas sobre la fluidez y riqueza de las relaciones, de los vínculos, que favorecerían la dilución de los síntomas.

Creo que no existe una notable originalidad en una parte de "su" modelo, no solo profundamente influido por Bowen, sino, en algunos constructos teóricos simplificando la gigantesca tarea reflexiva del creador de la idea intergeneracional, asimilada desde la creatividad más espléndida por Carl Withaker. Pero también existen aspectos que intenta diferenciar en su modelo que están intrincados en la forma de trabajar de Nagy. "Los miembros de la familia realizan una coalición para hacerse cargo de las funciones psíquicas de los otros".

La terapia intergeneracional, concebida por el autor, no arranca de la lectura sistémica del síntoma en el presente. Así pues, se entrecruzan los caminos individuales, de pareja y familiar, llegando a la conclusión de que se hace imprescindible, inevitable, la presentación del teatro familiar para establecer un nuevo tipo de relación individual que favorezca el crecimiento o la separación no traumática de la pareja. Un recorrido complejo de ida y vuelta, con paradas muy importantes en el proceso, como si de estaciones de reportaje se tratase. Las sesiones preparatorias cobran una importancia crucial en el proceso. Y este sentido, da la impresión de establecer una dirección rígida en la agenda del consultante que se "enfrenta" a su familia de origen.

Parece, a la lectura del libro, que Framo tiene una marcada predilección por la teoría de las relaciones objetales de Fairbairn, aplicada a las relaciones de pareja. Trabaja sobre la base de la identificación proyectiva, considerando que algunas partes escindidas de la persona son recogidas, experimentadas por otros miembros de su contexto de origen.

La forma de escribir de Framo es llana, de sencillez en ocasiones cercana a una linealidad marcada por sus propias premisas en las que se reafirma constantemente a través de toda la obra. Sin embargo es interesante su manera de materializar aspectos teóricos como las diferencias existentes en los complejos intercambios del niño respecto a su familia de origen. Clarificadora es la diferenciación de la teoría de las relaciones objetales de los "objetos buenos" y "los objetos malos". En este sentido, sí considero que el sufrimiento emocional contenido apuntala los cimientos de un tipo de relación con los objetos externos, debido a la manipulación que el sujeto sufre en su interior a través del sabotaje de culpabilidad, la frustración, la furia, etc.) Y el sujeto llega a enfrentarse a su propio drama en forma de "doble vínculo": la destrucción del objeto parental deseado y necesitado, o bien lo que Framo llama el "terror supremo": Ser abandonado.

El modelo del que hace gala el autor, es un modelo complejo, estructurado a través de la terapia de pareja, de los grupos de terapia de pareja, de la interacción de estos grupos en la apertura hacia las sesiones o conferencias intergeneracionales, y de la devolución de esa experiencia a la terapia de pareja. Framo trabaja los vínculos, los procesos de desvinculación, las lealtades, los mitos, con una insistencia permanente

en la deconstrucción de los mitos (quizás sin ser consciente de que se están estableciendo otros mitos en la interacción, al menos en algunos casos. Mitos de bondad, de reconciliación, que pueden hacer crecer, o bien petrificarse en el presente). Pero parece que cuando el terapeuta realiza una lectura sistémica en contexto individual o de pareja, la tendencia es la de cambiar el modo de vinculación, de pertenencia, de identidad, que aún siendo importantes, parece que podrían estar en contradicción con los procesos de diferenciación y desvinculación que favorezcan narrativas emergentes. Es decir, parecería que se trata de la corrección semántica sintáctica de la narrativa, no del cambio de narrativa.

Considero que su afirmación: "Generalmente las personas no escogen las parejas que quieren, sino las que necesitan", petrifica el sentido de la exploración emocional del amor, la pasión, el vértigo ante la incertidumbre, enmarcando la toma de decisiones, la propia elección, en un vacío que el futuro, los objetos externos en interacción acuden a cubrir. La sustitución del amor escindido, alienado, fracturado de la madre o del padre, por el de la pareja "puzzle", devuelve al paciente, a la propia pareja a un progresivo mirar en el espejo, viendo tras de él,

La "técnica sistémica" queda al servicio de la terapia individual.

Aunque el autor se empecina en afirmar que una de las ventajas de las sesiones con la familia de origen es que la familia no acude como paciente, considero (con todas las limitaciones de mi conocimiento y experiencia) que la exposición al sufrimiento del pasado, a las traducciones comportamentales y afectivas inducidas por éste en el presente, vehiculizan la definición sintomática del fresco familiar. Se insta al consultante a que desarrolle una ingente labor de búsqueda, de solicitud de respuesta, una petición de ayuda a quienes antes no le ayudaron, a quienes antes, aparentemente le generaron daño, a quienes quiere mantener en la hibernación de su inconsciente. Este hecho aumenta el grado de ansiedad, tal y como el propio autor describe. Y parece realmente increíble que la mayoría de los casos tratados se desarrollen por el camino del cambio positivo para todo el sistema, sin que el síntoma se desplace o aparezcan otros síntomas para cubrir las necesidades del sistema, para evitar el feed back positivo y retrotraerse a la homeostasis con urgencia.

En mi forma de entender las relaciones interpersonales, y la labor del terapeuta como conductos de las interacciones, como agente de compromiso creativo, existe una especie de trampa en la que aparece una "agenda secreta" elaborada entre el consultante y terapeuta, que desconoce la familia y que luego se expone a la luz. Sondar sobre los secretos es despedazar los mitos como elementos de cohesión transgeneracional. Esto puede ser adecuado en unos casos, pero puede ser un elemento que favorezca la descomposición vertiginosa de los pilares de las dinámicas familiares.

No empatizo pues con algunos aspectos reflejados por el autor. Su elaboración casi mágica de la terapia intergeneracional, su insistencia en SU modelo, de un modo petulante en algunas páginas. Su reafirmación intelectual constante a lo largo del libro. Considero que existe mucho material que es común a muchas escuelas, que no son exclusivas de su forma de trabajar.

Existe también un punto de escisión que sería interesante evaluar: El trabajo intergeneracional lo es con cada uno de los cónyuges por separado. La filiación externa, política, parece no tener sitio en la búsqueda de soluciones, en los objetivos de la propia terapia. Y sin embargo, cuántas veces, como me decía ayer mismo una madre, delante de su marido y de su hijo cocainómano, cuando salí de casa para casarme, sentí que huía, que me liberaba...Y quedé atrapada en la jaula de oro de la familia de mi marido.

Tampoco comparto su criterio de la coterapia en cuanto a la necesidad de la diferencia de sexos, y más en la actualidad, donde la riqueza emocional y expresiva debe ser el elemento clave de la expresión terapéutica, dando a la presencia del equipo una luz personal, de seres que entienden, que escuchan, que creen, que crean, limitando la posibilidad de transferencias vinculadas al género, como trampas destinadas a alianzas perversas.

Sin embargo hay algunos elementos que me gustan de su exposición:

Su fortaleza de espíritu a la hora de animar el encuentro y la interacción de las familias. Su confianza en la restitución, compartiendo las emociones familiares, sintiéndose gratificado por los resultados en los que el perdón, la restitución cobran vida y expectativas.

Me gusta su sinceridad, aunque a veces esté adornada de un componente narcisista (parece ser el centro de la terapia, debido a la rigidez de la definición de su modelo).

Me resulta atractivo su descaro cuando pone en marcha la maquinaria de su modelo desde la perspectiva sistémica, sin entrar en litigios con los terapeutas individuales, obviando sus resistencias.

Me gusta su mensaje encubierto; Creo que cree profundamente en lo que hace. Y eso le lleva a respetar, escuchar, a nadar en el magma familiar sin temor, sabiendo que es capaz de nadar hacia la orilla protectora de la coterapia (por cierto, elemento terapéutico desarrollado por Whitaker).

Creo que su escribir es honesto, sincero en sus limitaciones, alegre y expansivo en sus creencias y experiencias, que desea transmitir de manera franca.

Enfrentarse a la familia de origen es enfrentarse a la condición de terapeuta familiar. Es ser consciente de las dificultades, de la complejidad, de las limitaciones. Es quedar fascinado por mundos en interacción, por lecturas de vida que esconden capacidades, que expresan deseos. La familia como sistema no puede ser una experiencia limitada de un proceso terapéutico. Es una forma de intentar comprender el mundo, las emociones, a las personas. Es una forma de crecer en la interacción, de sufrir con ella, volviendo en cada chapuzón al territorio seguro de nuestro mundo, con la sensación de que nuestro ser ha sufrido algún cambio, por pequeño que sea, que nos permitirá seguir viendo el mundo con el éxtasis de quien mira las estrellas a través del ojo de un potente telescopio.

José M^a Fuentes-Pila